



# *Coco, la de los ojos bonitos*

**Luis Alberto López Dueñas**



## “COCO, LA DE LOS OJOS BONITOS”<sup>1</sup>

LUIS ALBERTO LÓPEZ DUEÑAS<sup>2</sup>

Escribir indudablemente no es imponer una forma (de expresión) a una materia vivida. La literatura se decanta más bien hacia lo informe, o lo inacabado, como dijo e hizo Gombrowicz. Escribir es un asunto de devenir, siempre inacabado, siempre en curso, y que desborda cualquier materia vivible o vivida. Es un proceso, es decir un paso de Vida que atraviesa lo vivible y lo vivido. La escritura es inseparable del devenir; escribiendo, se deviene—mujer, se deviene—animal o vegetal, se deviene—molécula hasta devenir—imperceptible. Gilles Deleuze

Fue cruzando aquella plaza pública y al sentir sobre su cara el choque del viento frío que venía llegando del norte, cuando después de cerrar brevemente los ojos para evitar las partículas de polvo que traía, los abrió de inmediato y vio a poca distancia y descansando contra una de las paredes de aquella casona esquinera del barrio que traía recuerdos, a alguien que le parecía conocida, una pequeña mujer perdida entre sueños y recuerdos idos. Solo cuando sus pasos lo guiaron cerca donde estaba ella, fue reconociéndola poco a poco.

Si, era la misma mujer que conoció tal vez veinte o más años atrás. Al verla más de cerca el recuerdo inconfundible del momento pasado con ella volvía a presentarse algo difuso, olvidadizo, también erótico. Aún conservaba aquella cara bonita, con sus ojos llamativos color verde almendra que la caracterizaban, aunque a primera impresión parecían lucir tristes por el paso del tiempo. El tono de su cabello liso ahora estaba pintado de color rojizo pálido. Era de pequeña estatura y se notaba un poco más gruesa de torso. Vestida de manera sencilla con la minifalda de siempre y las sandalias que la hacían particular, mostraba ahora una piel rosácea que caracterizaba sus brazos, su cara, sus piernas delgadas, pero bien formadas. Parecía la misma muchacha de entonces, aunque ahora convertida en mujer adulta, Estaba en el mismo sitio del encuentro casual de hace años, como atada al lugar y haciendo parte del paisaje barrial de siempre.

Las miradas se cruzaron preguntonas, la de ella sin recordar al sujeto, la de él en cambio y en silencio recordando aquella cara bonita. Ella al verlo pasar por su lado, casi tan cerca como permitía ese encuentro casual, le dijo algo que a él le pareció solo un susurro que no supo entender, solo atinó a ver el movimiento sutil de esos labios que mucho tiempo antes había intentado besar, pero que la dama se negó entonces y rotundamente a responder el pedido. El personaje solo decidió seguir de largo sin responder aquel llamado, intensificando solo la mirada sobre ella cuando pasó a pocos metros. Antes de cruzar la esquina para seguir su rumbo, volteó su cuerpo para mirarla nuevamente, manifestando involuntariamente una leve sonrisa plagada de recuerdos sensuales idos.

Sin duda era ella, se fue pensando, la misma que el tiempo dispuso cambiar y olvidar en los vericuetos de unos recuerdos difusos, que se niegan a volver. Aquella circunstancia, que el tiempo procede a tejer

<sup>1</sup> Al recordar y escuchar una canción del grupo musical “La Misma Gente” de Cali, el título del cuento se cambió por el nombre de aquella bonita canción.

<sup>2</sup> Sociólogo, Universidad de Nariño.

de manera fortuita y solo como él sabe hacerlo, ubicó aquel encuentro callejero otra vez de manera intempestiva.

La memoria inquieta también procedió a revolver recuerdos gratos, sensoriales, pecaminosos, prohibidos, casi olvidados, haciendo ahora que renazcan gracias a la picardía del tiempo, aquel gran dios devorador y perverso que hace retroceder la memoria, las vidas, los encuentros, las pasiones, las sensaciones, las personas, los lugares. Ella quedó atrás de pie recostada contra la pared de aquella casona esquinera característica de aquel lugar de ese barrio que traía recuerdos, diciendo para sí: “parece que mi llamado no le gustó. Ya otro vendrá”.

El hombre se alejó calle arriba cavilando en silencio, con pasos lentos por aquellos lugares que lo llenaban de recuerdos, creyendo estar perseguido por aquella mirada de la cara bonita y los ojos verdes, sin percatarse de lo casual del encuentro con la mujer que tiempo atrás conoció en el mismo barrio, en la misma esquina, sobre la misma acera, casi al atardecer de un día parecido al encuentro que años atrás sucedió. Para sus adentros se fue cavilando: “Cómo ha pasado el tiempo, cómo la vida sigue girando en torno a vidas diferentes y con condiciones desiguales, pero ese vaivén de ida y vuelta, produce que se encuentren seres que hace tiempo pasaron, desfilaron y se olvidaron, mecidos entre las redes de una sociedad indolente, hipócrita, excluyente, clasista.”

Graciela se llamaba aquella dama del encuentro casual, y era de Guaitarilla. A él lo conocían como Lucas, y era de éste mundo.

Diciembre de 2025.